Así es que fué á mí como una sonaja, despilfarrándose de placer, desternillándose de regocijo.

—Hombre, un abrazo. Magnífico, ja, ja, ja.

—¿Vd. por estos mundos? Hola! hola! divino! vaya una arriada que le han dado á Vd., divino!

—Queria responderle, me parecia una mofa tan intempestivo regocijo.

—Será de ver lo que escriba Vd. ¿y por supuesto que antes ha estado Vd. preso y bien sobado?

—Hombre, se va la diligencia, y .....

—Ah! ¿Vd. está enfermo? voto va chápiro, ja, ja, ja, vean al hombre que no puede moverse; ja, ja; y, diciendo y haciendo, me introdujo á la fonda, diciendo á mis compañeros:

—Envidio á Vdes., habrán venido encantados con este maldito hombre. Tiene una chispa! vamos, díganos Vd. algo que nos ponga de buen humor. Quién estuviera con Vd. para ver lo que dice de estas gentes.....

A dónde está Vd. confinado?

—A Cadereyta, le respondí.

—Cadereyta, ja, ja, ja; lo propio que si lo condenaran á Vd. á muerte; lo conozco como á mis manos, casi á la boca de la Sierra. Figúrese Vd. que es un lugar en que el agua se masca. ¡Vaya un chasco! ¿Vd. á Cadereyta?

—Sin agua?

—Sí señor, cuando la hay es la que se esprime de los lodazales mas infectos; se suscitan tumultos populares disputándose un jarrillo.....Oh! ahora se espicha Sr. Fidel..... ¿Qué dirá Vd? ¿Qué ocurrencias tendrá Vd?

Pero me daba estas noticias, y otras mas funestas que me desgarraban, como quien anuncia una lotería, como una sonaja, como un redoble de castañuelas.....

Aquella alegría de Guitarrilla que para mí eran risas satánicas, y como repique por derrotas á los de mi comunion, conmovió á todos y encendió al fin la jácara y la broma de Zurriburri, que le cayó muy en gracia, y de quien se aficionó al estremo: yo estaba por supuesto en mis glorias, como con el atrás de un centinela en un paraje público.

El saloncito que sirve de comedor para los viajeros en S. Juan del Rio, es en el interior de la casa de posta cuyo patio enladrillado, y sombreado por tres ó cuatro arbustos frondosos, tiene cierto aspecto de alegría.

Si no hay lujo, el comedor que describo respira aseo y propiedad en todas sus partes; ademas, sin equivocacion puede asegurarse que en la línea toda, no hay un cocinero mas aseado, diestro y complaciente con los mas exigentes gastrónomos, que Joaquin el de San Juan del Rio.

Medio dia era por filo, como diria Quevedo, cuando la diligencia prosiguió su marcha; en San Juan del Rio se nos agregaron dos compañeros: el uno entró al coche, el otro quiso ir en el pescante.

Era el primero un hacendado rico, hombre de arraigo, de místico semblante y hablar pausado; señor entroncado con muy conocidas familias en la capital,

hombre de seriedad y monosílabos, que apenas se dignaba mirar á los que llevaba al rededor.

Reverso exactamente de su carácter, era el otro recien llegado. Delgado, como esperanza de libertad, huesoso y enjuto, ágil de cintura, suelto de brazos y espedito de movimientos.

Tez morena, ojos negros de estendida pestaña, un si es no es picarescos y llenos de inteligencia, de audacia y alegría; luengos rizos negros caian bajo su sombrero tendido, y flotaban á la mitad de su prolongado cuello, y un conjunto en que se veia al señorito cortesano hecho ranchero; para dar las últimas pinceladas al personaje, le añadiré su bien cortada chaqueta de dril, su corbata sílfide, su chaleco de seda y una calzonera cerrada de paño oscuro con su rica botonadura de plata, cincelados cada uno de los menudos botoncillos que la componian con esquisito primor.

En una de las postas notamos el asoleo y la fatiga del jóven y le invitamos á que se sentase con nosotros en el interior; entró entre vergonzoso y desconfiado, en los momentos que Zurriburri á la manera de Calipso, picado en su curiosidad por Guitarrilla, me pedia á mí, desgoznado y contundido Telémaco, relacion de mis aventuras.

A cada una de mis palabras que solia interumpir por el mal estado de mi salud, el jóven moreno, cuyo nombre no revelo porque le seria mortificante, me acercaba un zarape para que cobrara blandura mi asiento, interceptaba el sol con su cuerpo para que no me hiriese, y me llenaba de delicadas atenciones; y no se

crea que era por simpatía política, porque maldito si le importaba una higa la causa de tirios ó troyanos, ni tampoco por mí; pues ni le habia dicho mi nombre ni creo me habria oido mentar en su vida, sino por bondad, por ternura hácia los sufrimientos de un hombre cualquiera, por ese sentimiento generoso hácia la desgracia, que sublima y enaltece el carácter nacional entre los que no se han empedernido ó contaminado respirando la pestilente atmósfera de los partidos.

La impaciencia por llegar, la fuerza de la costumbre, el instinto de buscar descanso, me hacian llevar la mano al bolsillo del reloj, y no hallándolo, preguntaba la hora á los que lo tenian cuando no podia reprimir mi curiosidad.

—En uno de esos movimientos, mi nuevo conocido quitóse su reloj y me instó á que lo aceptase como obsequio; pero tan resueltamente, con tal sinceridad y con tanto cariño, como quien solicita un favor con encarecimiento.

Primero fueron instancias y excusas, despues porfia, y al fin guardé su alhaja, que con verdadero trabajo logré recobrase en Querétaro.

Desde aquel punto, al jóven á que aludo debí atenciones y favores de todo género; fué mi protector y consoló las acerbas penas que sufrí y no son para recitadas en este escrito, en que, no obstante, mi gratitud quiso que dejara yo consignada la memoria de una amistad que derramará siempre su perfume entre mis recuerdos mas queridos.

La parte del Valle de S. Juan del Rio, que atraviesa el camino de Querétaro, es de lo mas fértil, de lo mas pintoresco y risueño que pueda imaginarse. El cultivo ha hecho en ella adelantos notables, y puede asegurarse sin equivocacion que en este lugar, y en el Valle de S. Martin del Estado de Puebla, es donde se han introducido mas considerables mejoras en la labranza.

En feraces sementeras de maiz, levantándose con simétrica parejura, se mecen las trémulas puntas de las verdes cañas como plumeros de oro: dilatadísimas tablas de trigo ondean en todas direcciones, ofreciendo mil caprichosas modificaciones de luz en sus movibles espigas; en medio de los sembrados, el *mesquite* pintoresco ofrece en sus arbustos agradable descanso á la vista, guarida deliciosa á las aves, y sombra á los ganados.

En los declives de las colinas, en lo hondo de las cañadas, en lo tendido de los valles, las ricas siembras ofrecen variados y caprichosísimos matices, que se interrumpen, para hacer lugar á los dormidos lagos que forman las presas de las haciendas, y que reflejan un cielo puro y luminoso en sus diáfanas aguas.

Encierran y hermosean aún este cuadro pintoresco, cadenas gigantescas de montañas, horizontes en que parece terminar la tierra y dar vuelta el cielo, y sombras misteriosas de arboledas lejanas que parecen limitar con un muro ó formar un pórtico magnífico á aquel verjel de encantos indecibles.

Desde la posta del Colorado, distante cuatro leguas poco mas de Querétaro, se entra en un camino con mas asperezas que mal verso, y con mas altas y bajas que constitucion liberal; peligroso como alusion al actual estado de cosas, y tan malo en todas sus partes, que parece dirigido por un empleado viejo, ó que ha estado siempre bajo la proteccion paternal del gobierno del Distrito.

El giro de la diligencia, que es constantemente entre áridos cerros y pedregales sin término, ya con bruscos vaivenes nos empujaba unos contra otros como política exterior, ya confundia á los mas apartados como la última revolucion, ya ponia de cabeza á los que parecian mejor puestos, como sucedió al Sr. Uraga y á Suarez Navarro; ya nos mantenia en desasosiego eterno, tartamudos, desbarajustados y como atacados de mal de San Vito.

Los paisajes se sucedian, los rápidos voladeros terminaban por todas partes en vallecillos hermosos; pero, ¿quién verlos? ¿cómo describirlos, ocupada la víctima en no descrismarse, en componer su cojin, en llamar al órden varios artículos de trasporte que danzaban en todas direcciones en el fondo de la diligencia?

Eran ya pasadas dos mortales horas, cuando despues de unos de esos cimbreos que conmueven hasta la raiz de los cabellos y dicen las señoras mayores que sienten de lleno en la cadera, al torcer para precipitarnos por el escabroso declive de la cuesta China, brotó para desaparecer, en un movimiento instantáneo de la

diligencia, el paisaje divino de Querétaro; pero de Querétaro percibido con la luz de un relámpago, es decir, cipreses gigantescos, paredes de verdura, delgadas puntas de torres, y azoteas de mil casas como agrupadas en una colina y derramándose por su falda, todo visto como por entre una balaustrada al través de su famosa arquería que ya tiene sospechada la mente del viajero, y que no obstante sebrepuja á cuanto puede concebir la imaginacion.

Al fin, despues de aparecer, hundirse y reaparecer aquel embrion de ciudad en perspectiva, como una beldad que se excusa y se cubre con coquetería para irritar la curiosidad del amante, dominada por la cima de la cuesta China, que es la pedregosa falda de una empinada montaña, pone Querétaro de manifiesto sus encantos como rendida á la porfia con que se la persigue para admirarla.

En primer término invade la region del viento y encorva su cadena gigantesca la arquería, cuyos arcos regulares nacen pequeños, se levantan, se empinan, se enaltecen, y parecen abalanzarse á los cielos escalando las atrevidas bóvedas del majestuoso convento de la Cruz.

Aquel velo de piedra calado que limita el horizonte sin interceptar la vista, aquellos arcos que parecen sostenidos en frágiles varas que se cimbran con el viento, aquel monumento de encaje que parece el velo pulido al través del cual se admira el perfecto contorno del cuello de una sultana, es el adorno, la pompa, y el pórtico sublime que dá entrada á Querétaro.

Cada arco es un punto óptico desde el cual se perciben nuevas tintas, diversos perfiles, inesperadas actitudes, por expresarme así, de la ciudad, de la ciudad que, al frente de la arquería ó coronada por ella como con una diadema sublime, alza su cabeza para que la admiren: de la ciudad que, tambien en una altura, ostenta sus numerosos templos, sus altos edificios, y sus azoteas encarnadas entre mantos de verdura en que descuellan árboles gigantescos, sus veletas en que rematan las bóvedas, las cruces de sus torres, las astas para izar bandera en sus edificios públicos, formando otra poblacion aérea ó llevando la animacion al espacio, diáfano, cristalino y engalanado con celajes leves que reverberan con los rayos purísimos del sol.

A cada vaiven de la diligencia, en cada sinuosidad del camino, cambia el cuadro; ya ofrece á la vista la quintá y la sombría y frondosa calzada que lleva á la Cañada; ya con nueva gracia y alegrando al espíritu le presenta las ordenadas calles y el cuadro fértil de la Alameda; ya los barrios de esa parte de la ciudad; pero todo copado de verdura, todo al través de los arcos, celosía infiel que no cubre sino que sombrea y hace mas voluptuosos y sensuales los hechizos de esta ciudad, que en este momento reproduzco en mi memoria, viéndola y admirándola, teniéndola en frente y saludándola con gratitud y con ternura.

Sacáronme de mi éxtasis el rodar del coche sobre el empedrado de la garita, y la dificil subida al pié de la arquería. En un recodo de esta subida, adornado con una pequeña arboleda y embellecido por una cañería

descubierta de agua cristalina, protegidos por el ángulo que formaban una pared cercana y una tapia inmediata, se lababan y bañaban á la intemperie hombres, mujeres y muchachos, parodiando, ya á medias, ya del todo, á nuestros primeros padres en el Paraiso terrestre.

Será por mi poca inteligencia en cuanto al dibujo natural; pero á tal cuadro no le encontré poca ni mucha gracia: aquellos contornos femeninos, veteados con espuma de jabon; el cabello de las hembras hecho una bola sobre la mollera; aquellos pimpollos enarbolados de las arcas, chorreando agua, manoteando y pateando al aire libre en medio de desaforados gritos, aquellas desbarrigadas labanderas con el *rebozo* á la frente y sus alas escurridas á la espalda, encorvándose, empujándose, cimbrándose de sus talones á la piedra, y remeciéndose con ardor sobre el trapo incivil que se restrega, extiende y comprime entre sus manos y la piedra, todo esto será muy bello: á haberlo visto un francés, ya tendriamos un cuadro en la bosquejada pintura, con su renglon al calce de "*Bains en famille de la société Queretaine;*" pero, ojalá que se haya suprimido el cuadro siquiera por el calor.....

Encumbrando del todo la subida, tenia á la espalda nuestro carruaje el convento de la Cruz, y á su frente, de una agudísima esquina bajan abriéndose dos calles, una de las cuales, la mas amplia, desemboca en la plaza de armas en rápido descenso. Por ella se precipitó la diligencia, pudiendo apenas percibir las alegres casas entresoladas del barrio de la Cruz, el balconaje

de las calles mas centrales, los portales de la plaza y la columna coronada por la estatua del ilustre marqués del Villar del Aguila; S. Antonio, el teatro y otros edificios que pasaron corriendo en tropel frente á nuestros ojos.

Previa una conversion por demas incómoda y riesgosa, entramos en el patio de la casa de diligencias; cerróse su ancha puerta tras de nosotros y nos salió al encuentro un policía feroz, un garfio humano del fisco, de esos que llamarse suelen empleados de aduana.

Sea que, entre muchos de los señores que cultivan la hermosa y despellejadora renta de alcabalas, esté declarado tácitamente comiso y contrabando todo lo perteneciente á buena crianza y finos modales; sea que teman los empleados la injusta crítica que se ha hecho de algunos de ellos; sea porque se quieran volver sinónimos lo brusco y lo honrado, sea porque en sí el oficio no puede ser mas molesto y repugnante de suyo, el empleado se rodeó de los equipajes todos, y con el sombrero á las cejas y con la importancia de un cabo, desarpilló cajas, abrió baúles, y puso al descubierto enel estrecho círculo de viajeros, las poridades agenas.

Las enaguas rotas de las señoras, los cuellos de camisa en desproporcion con las camisas, las camisolas, las botas, todo entró en su infatigable registro, llevándolo al estremo de descoser la cubierta que llevaban unas guarniciones para las mulas de la diligencia. ¡Oh qué exactitud! ¡qué escrupulosidad! ¡qué humillacion!

Hasta que concluyó el registro, que en cada indaga-

cion contenia un insulto y en cada diálogo una vejacion, no se abrió la puerta ni nos dió por libres aquella tranca aduanal, que me recordó la escuela celebrada de todos los administradores de aduana.

Salíme, pues, de la casa de diligencias y abandoné á los viajeros, que, coléricos al extremo, ponian en órden sus equipajes y porfiaban con el guarda por salvar de las garras del fisco una chuchería para un niño, un pañuelo, algunos puros declarados buena presa del infatigable inquisidor.

Segun los informes que habia recibido, dirigime en derechura al meson de Berazaluce, donde un médico mi amigo me esperaba, noticioso del mal estado de mi salud, y con deseo, segun me manifestó con generosa instancia, de llevarme á asistir á su casa.[1]

Mis sufrimientos personales, y mas aún el temor de contagiar con mi desdicha á los que como favorecedores me cercaban, me hizo rehusar ese y otros ofrecimientos de amigos muy queridos, de amigos de infancia y de personas que imprimieron sus recuerdos de bondad en mi ternura.

El meson está situado en la esquina de la calle de Santa Clara, una de las principales de Querétaro: á su frente limitan y estrechan la vista las desiertas paredes del convento que no tienen mas caprichos arquitectónicos ni desigualdades que unas troneras con reja saliente, unos pequeños cuadrados, unos buzones de estafeta un si es no es exajerados, que denuncian la habitacion de los padres capellanes.

1 D. Gabino Bustamante.

Por uno de los lados se percibe desde el meson la entrada de Guanajuato, por el otro la amplia calle del Hospital cerrada en óptica agradable, por la puerta los árboles y la hermosa fachada del convento de San Francisco.

Es el meson de Berazaluce en su exterior un amplio y bien repartido edificio de hermosa cantería, con su elegante balconaje y sus adornos arquitectónicos llenos de sencillez y de buen gusto.

La amplia y elevada puerta del edificio da entrada á un amplísimo patio de cómodos portales, coronado de anchos corredores que forman cuadro, y en los que están repartidos limpios y extensos cuartos para los viajeros, la habitacion de la señora dueña de la posada y en la parte opuesta las oficinas de la fonda, servidumbre, y otras comodidades.

En su descuido y desaseo exterior me pareció que el meson habria sido destinado al congreso del Estado, porque es notorio el abandono de esta clase de edificios; tenia el aspecto de un rico arruinado, empaque hermoso con puntas de miseria.

Instalado en el meson, despues de recado atento á las autoridades, mis cumplidos á la señora de la casa, &c. &c., traté de curarme ansiando lograr, como felicidad suprema, que no me empujaran las celosas autoridades al seco Cadereyta, al menos hasta que pudiera moverme y andar, si no con libertad, sí con soltura.

Querétaro, en los momentos en que yo llegaba, ofrecia una excepcion consoladora en materias de perse-

cucion. Cuando, despavoridos y como ratas perseguidas por muchachos crueles, de los Departamentos salian expulsos los liberales, como perniciosos, y era una especie de lisonja al poder el ejercicio de extorciones inauditas con aquellos *judaizantes* políticos; cuando en Morelia daban contra los unos, en Jalisco se arremetia contra los otros, se embestia en Oaxaca contra aquellos, y en todas partes campeaba la persecucion; lanceándose por donde quiera federales como á follones y malandrines; en esos momentos las autoridades de Querétaro, vigilantes al extremo, pero sin enconosas ni villanas pasiones, ni perseguian los recuerdos, ni espiaban en el interior de las familias, ni declaraban contrabando un nombre, ni ofrecian como prueba de su adhesion al gobierno el sacrificio de una familia, ni el lujo infame de crueldad para con el hijo inocente y para con la mujer desvalida.

No obstante, la delacion que despues se ha convertido en una especie de consigna del poder ó de signo de inteligencia masónica entre la autoridad y sus dependientes, comenzaba á inocular con su pus asqueroso las mas íntimas relaciones, y á propagar esa falsía cortesana, que es uno de los caracteres distintivos de la sociedad en tiempo de los gobiernos despóticos.

Comenzaban á romper su capullo ciertos gusanos políticos, que hechos crisálidas, habian pasado el período federativo, aunque protestando obediencia y pegados á una de tantas ramas del erario; principiaban á desempolvarse los retratos de golilla, á brotar santanistas espontáneos, como los hongos despues de la lluvia copiosa, y á soñar en la restauracion de los Borbones los españoles de tres al ciento, tenderos de abarrotes, y fieles á Cárlos U, que así llamaban á Cárlos V. Sin embargo, el cambio de cosas políticas fué tan rápido, los resíduos del antiguo órden quedaron tan envueltos en la nueva avenida de favoritos, que los equívocos eran de los mas chuscos del mundo, dando por resultado el bienestar momentáneo de los liberales.

Por otra parte, en las plazas de provincia, como ahora se dice, no es artículo de mucha salida la política. La llegada de un empleado nuevo de la corte, el sosquin que habia llevado un periódico por un desliz, tal carta dirigida á un personaje de influjo, abastecian la conversacion, y se deslizaban en lo interior de las casas entre las fichas de la malilla, los cartones de una lotería, ó el misterioso cuchicheo de un corrillo.

Los no creyentes, espectros vivos del favor popular, ejemplos de la inconstancia de la suerte, especie de vestiglos horrendos y de grifos con las alas cortadas, escurriéndose, despareciéndose, como can que teme palo ó ratero á quien persiguen, se liquidaban, se volvian perdedizos tratando de alejar de sí todo motivo de atencion, como niña que desea no se le conozca su posicion interesante.

El amor al local, como sucede á los gatos, convocaba al pié de unas inertes prensas á varios liberalillos, lo mismo que los tahures ociosos suelen acariciar el vicio y alimentar sus ilusiones al calor y á la vista de la carpeta de Birjan. Aquellas prensas eran unas castañue-

las en casa mortuoria; espadas mohosas que hubieran quedado sin uso en la casa de un espadachin hecho fraile. Miento, no hecho fraile, porque seria inexacto; hecho, por ejemplo, comandante general de un Departamento.

Erase esta tertulia en la casa del Sr. Frias, impresor, impresor en muda, cómico en Cuaresma, cantante ronco, editor *in partibus* que propagaba las luces vendiendo rezagados romances, y glosas, y sonetos blasfemos para las festividades religiosas. En su ex-despacho, en pequeño círculo, con el frente á una ventana escandalosa, como un ret blo de ánimas en pena aparecian, ya el Lic. Herrera y Zavala, reo de la extinguida junta departamental que un valeroso licenciado venció pluma en ristre vísperas del nefando 6 de las escarchas, ya D. Gabino Bustamante colaborador de Rejon, de Pradel y de Arriaga en el periódico *Progreso*, célebre por su gorro escarlata, y por su decision por la guerra en 1847: allí Marina, allí Siurob, allí Moreno, allí Juan Arias, allí Fuentes, allí Oñate, y otros amigos que no recuerdo, flor y nata de los federales derrengados, racimo helado de *puros*, enjambre preso de demagogos, jaula de gallos eunucos, contaban cuentos de amores y esperaban á que el reloj de S. Francisco les advirtiese la hora de comer.....

—¿De qué vive ese hombre? preguntaba yo.

—Es médico, es abogado, es impresor, es ranchero, respondian constantemente, y yo no podia menos de exclamar: ¡Oh tierra descastada y bastarda! ¡Oh terre-

no infecundo que merecia sembrarse de cenizas! ¿Y así son patriotas? Cómo les traeria yo, en carretadas, unos patriotas de mi México, de esos *rifleros* de cafés que así le atinan á una trampa como á un empleo; desvelados de manojo que así eran espías y esbriros de Arista como son hoy próceres del otro; que organizan un víctor y un carro como zurcen un anónimo, ó piden una entrevista para perder á un bienhechor; que fueron ayer oradores de *meeting* y hoy se honrarian con una alabarda; que ayer llamaban aristócrata al frac republicano, y hoy les parece plebeyo un *uniformito* que apenas tiene tres galones; de esos á quienes tutean rufianes, que apadrinan á ladrones, solapan Mesalinas, enriquecen tabernas y son la delicia de un *imperial* y de un *burlote*..... patriotas de oficio, parásitos del erario, rastreros con pitanza; de oposicion cesantes, que para recomendarse á un servil tienen tio fraile; y llevan ¡iconoclastas! una estampa de santos, para ridiculizarla, para fingirse liberales.... patriotas de oficio, adrede, como quien dice hoy, la levadura, la madre, el zumo y el fermento del trono y del altar.

¡Cierto que el *puro* de México y el *puro* provincial parécense tanto como un huevo á una castaña!

Durante la mañana las tertulias son parciales y como si dijéramos de punto y aparte.

En la extensa calle del Hospital, animada en sus dos aceras por vistosos cajones de ropa, sombrererías, mercerías y otras casas de comercio, y coronada por un balconaje elegante, es donde suele concurrir, mez-